

EL DECLIVE DE LA RAZÓN BAJO EL PODER ALGORÍTMICO EN LA DEMOCRACIA CONTEMPORÁNEA

The Decline of Reason under the Algorithmic Power of Contemporary Democracy

VAN HANH NGUYEN*

Academia Nacional de Política Ho Chi Minh,
Academia de Periodismo y Comunicación, Hanoi, Vietnam
<https://ror.org/03hgy0s07>
hvbctt@ajc.edu.vn
<https://orcid.org/0009-0001-7986-8907>

Forma sugerida de citar: Nguyen, Van Hanh. (2026). El declive de la razón bajo el poder algorítmico en la democracia contemporánea. *Sophia, Colección de Filosofía de la Educación*, (41), pp. 277-308.

Resumen

El presente trabajo analiza el declive contemporáneo de la razón en el contexto del poder algorítmico que caracteriza a la era digital. Una vez fundamentadas la libertad humana y la agencia moral, la razón se encuentra hoy subordinada a la racionalidad instrumental, encarnada en algoritmos diseñados para optimizar la eficiencia, la predicción y el control. La justificación del tema radica en la necesidad urgente de comprender cómo esta transformación tecnológica afecta la autonomía humana, el pensamiento crítico y la vida democrática. El objetivo del estudio es explorar las implicaciones filosóficas y políticas de esta transformación mediante un enfoque teórico-conceptual, sustentado en el análisis crítico de fuentes filosóficas contemporáneas. La metodología utilizada combina la revisión bibliográfica y la reflexión argumentativa. El artículo se organiza a partir de cuatro proposiciones: 1) el poder algorítmico prolonga la lógica de la razón instrumental y actúa como mecanismo de control biopolítico; 2) la razón crítica se debilita progresivamente ante la automatización de los procesos de pensamiento; 3) esta transformación genera una crisis epistémica y política que afecta la razón pública y la responsabilidad moral; 4) defender la democracia digital requiere una pedagogía centrada en la reflexión ética, la agencia epistémica y la educación crítica. Se concluye que revitalizar la razón es condición necesaria para enfrentar los desafíos de la era algorítmica.

Palabras clave

Poder algorítmico, razón pública, democracia, capitalismo digital, educación crítica, control biopolítico.

* Es profesora e investigadora en el Departamento de Socialismo Científico de la Academia de Periodismo y Comunicación de Hanói (Vietnam). Su investigación se centra en la filosofía política, la teoría marxista, el capitalismo digital, el poder algorítmico, la democracia, la inteligencia artificial y las crisis democráticas contemporáneas desde perspectivas interdisciplinarias, que combinan filosofía, teoría política y estudios de la comunicación.

Abstract

The present article analyzes the silent decline of reason under the influence of algorithmic power in the digital age. Once the foundation of human freedom and moral agency, reason is now increasingly subordinated to instrumental rationality embodied in algorithms designed for efficiency, prediction, and control. This topic is justified by the urgency of understanding how technological mediation affects autonomy, critical thinking, and democratic participation. The objective of the study is to examine the philosophical and political implications of this transformation. The methodology combines conceptual analysis and critical reflection based on contemporary philosophical sources. Four main propositions are developed: 1) algorithmic power extends the logic of instrumental reason and functions as a mechanism of biopolitical control; 2) critical reason is silently eroded by automated systems that limit reflective judgment; 3) this erosion contributes to an epistemic and political crisis in which public reason is manipulated and moral responsibility fragmented, thereby weakening democracy; and 4) reclaiming reason requires ethical reflection, epistemic agency, and a democratic pedagogy grounded in critical and moral education. The article concludes that defending democracy in the digital age requires more than regulatory frameworks—it demands a deep and sustained revitalization of reason as a central pillar of civic life.

Keywords

Algorithmic power, Public reason, Democracy, Digital capitalism, Critical education.

278



Introducción

La democracia no solo depende de las instituciones, sino también de la vitalidad de la razón pública: la capacidad de los ciudadanos para pensar de forma crítica, distinguir la verdad de la falsedad y asumir la responsabilidad moral en la vida pública. En la era algorítmica, este fundamento se ve cada vez más amenazado. A medida que las plataformas digitales median el discurso público a través de algoritmos opacos diseñados para maximizar la participación y el control, la razón se ve sutilmente reconfigurada. Estos sistemas potencian modos de pensamiento instrumentales, emocionales y polarizados, lo que erosiona la deliberación racional y fomenta la pasividad epistémica.

Este artículo sostiene que la gobernanza algorítmica de la comunicación pública contribuye a lo que podría denominarse la muerte silenciosa de la razón: una erosión gradual del pensamiento crítico que permanece en gran medida invisible para quienes se ven afectados. Los individuos creen que actúan libremente, pero sus percepciones y decisiones están moldeadas por una lógica algorítmica que escapa de su conciencia. El problema central que se aborda aquí es cómo el poder algorítmico transforma las condiciones cognitivas de la participación democrática y debilita la agencia epistémica y moral de los ciudadanos. El objetivo de este estudio es ofrecer un análisis filosófico y político de esta transformación, planteando la hipótesis de que defender la democracia en la era

digital requiere algo más que soluciones normativas: exige una revitalización fundamental de la razón como imperativo ético, epistemológico y pedagógico. Esta reflexión resulta especialmente oportuna en un contexto en el que los sistemas democráticos de todo el mundo se enfrentan a crisis de confianza, polarización y desinformación, crisis exacerbadas por la organización algorítmica del conocimiento y la visibilidad. Desde el punto de vista metodológico, se trata de un estudio conceptual y teórico-crítico basado en la filosofía política, la teoría de los medios de comunicación y la epistemología. Emplea el análisis documental, la reconstrucción conceptual y el razonamiento normativo para examinar las implicaciones epistémicas y políticas de la mediación algorítmica.

El artículo se estructura en cuatro secciones. La primera examina cómo el poder algorítmico encarna y amplía la lógica de la racionalidad instrumental, transformando el entorno cognitivo de la sociedad contemporánea. La segunda analiza la erosión silenciosa de la razón en la era algorítmica, destacando sus efectos sutiles pero profundos sobre el pensamiento crítico y la autonomía. La tercera sección explora el vínculo entre la pasividad epistémica y la fragilidad democrática, mostrando cómo los sistemas de conocimiento impulsados por algoritmos socavan la deliberación democrática. Por último, la cuarta sección propone una respuesta normativa: la revitalización de la razón como imperativo ético, epistémico y educativo esencial para restaurar la responsabilidad democrática en la era digital.

Este artículo aborda el problema de cómo los sistemas algorítmicos reconfiguran la razón pública y la agencia democrática en las sociedades digitales contemporáneas. Se pregunta: ¿cómo contribuye el poder algorítmico a la erosión de la razón crítica y qué respuestas normativas se requieren para defender la democracia en la era digital? El artículo sostiene que la gobernanza algorítmica amplía la lógica de la racionalidad instrumental y el control biopolítico, debilitando así la autonomía epistémica y la responsabilidad moral. Su principal contribución radica en integrar la teoría crítica, la biopolítica y los estudios sobre el capitalismo digital en una crítica filosófica unificada de la democracia algorítmica.

Fundamentación teórica

Este estudio se basa en la teoría crítica, en particular en la tradición de la escuela de Frankfurt. Horkheimer y Adorno (2002) identificaron el auge de la razón instrumental como una amenaza para la autonomía y la emancipación en las sociedades modernas. En su análisis, la racio-



lidad, despojada de su función crítica y emancipadora, se convierte en una herramienta de dominación. Esta idea sigue siendo profundamente relevante en la era digital, donde los sistemas algorítmicos intensifican la lógica de la eficiencia, la predicción y el control a expensas de la deliberación y la reflexión.

Como complemento a esta visión, Habermas (1984, 1987, 1989 y 1996) destacó la importancia normativa de la racionalidad comunicativa y la esfera pública como condiciones previas para la vida democrática. La mediación algorítmica, al promover contenidos emocionales y polarizados al tiempo que suprime la comunicación orientada al discurso, socava las condiciones de la acción comunicativa y la razón pública.

La teoría de la biopolítica de Foucault (2008) aclara aún más cómo el poder en las sociedades contemporáneas opera no mediante la represión directa, sino a través de la gestión del conocimiento y la subjetividad. En este sentido, la gobernanza algorítmica puede interpretarse como una nueva forma de biopoder algorítmico: un modo de regulación que opera a través de la “dataficación” y el control predictivo (Yeung, 2018; Zuboff, 2019).

Estudios recientes también han destacado el papel de las infraestructuras digitales en el refuerzo de la desigualdad epistémica y la manipulación cognitiva. El concepto de “capitalismo de vigilancia” de Zuboff (2019), la crítica al colonialismo de datos de Couldry y Mejías (2019) y la teoría crítica de la tecnología de Feenberg (2005), proporcionan marcos importantes para comprender cómo los sistemas basados en datos reestructuran las relaciones sociales y la autoridad epistémica. Además, la difusión de la desinformación y la cognición tribalizada (Zollo *et al.*, 2017; Ecker *et al.*, 2022; Wardle y Derakhshan, 2017) revela las consecuencias epistemológicas de la curación algorítmica de contenidos.

En resumen, este marco teórico integra críticas a la razón instrumental, al control biopolítico y a la regulación algorítmica para examinar cómo la lógica del capitalismo digital erosiona la razón pública, debilita la participación democrática y fragmenta la responsabilidad moral. En lugar de tratar el declive de la razón como un fenómeno puramente tecnológico, este estudio lo sitúa dentro de transformaciones estructurales más amplias del conocimiento, el poder y la agencia política.

Metodología

Este estudio adopta un enfoque teórico y crítico que combina la revisión bibliográfica, el análisis del discurso, la hermenéutica crítica y la crítica



ideológica para examinar la erosión de la razón pública bajo el poder algorítmico. El análisis se basa en un fundamento teórico diverso, inspirándose en la escuela de Frankfurt —en particular en las teorías críticas de Adorno, Marcuse y Habermas— cuyas reflexiones sobre la razón instrumental, la industria cultural y la acción comunicativa proporcionan un marco conceptual para comprender la manipulación de la razón pública. El estudio también aborda las reflexiones de Hannah Arendt sobre el totalitarismo, la banalidad del mal y el colapso del juicio en las sociedades modernas, ofreciendo importantes perspectivas sobre las dimensiones morales del declive epistémico. Guiado por el materialismo dialéctico, el estudio sitúa el poder algorítmico dentro de las estructuras socioeconómicas más amplias del capitalismo digital.

Desde una perspectiva materialista dialéctica, los sistemas algorítmicos no son herramientas tecnológicas neutras, sino expresiones de la lógica económica del capitalismo digital. Los modelos de negocio de las grandes corporaciones tecnológicas —centrados en la extracción de datos, la predicción del comportamiento y la monetización de la atención— configuran los entornos cognitivos en los que los individuos piensan, interactúan y forman juicios políticos. Por lo tanto, la transformación de la razón pública no puede separarse de las infraestructuras materiales y los intereses económicos que subyacen a la gobernanza algorítmica.

El análisis se desarrolla en tres etapas. En primer lugar, reconstruye la crítica filosófica de la razón instrumental y el control biopolítico. En segundo lugar, examina cómo los sistemas algorítmicos ponen en práctica esta lógica dentro del capitalismo digital, remodelando la cognición pública, normalizando la pasividad epistémica y contribuyendo al silencioso declive del pensamiento crítico y divergente. En tercer lugar, evalúa las implicaciones democráticas, morales y educativas de esta transformación mediante una crítica normativa, centrándose en la crisis de la agencia democrática y la responsabilidad moral, así como en la urgente necesidad de revitalizar la razón a través de marcos éticos y pedagógicos en la era digital.



El poder algorítmico y la instrumentalización de la razón

Esta sección examina cómo los sistemas algorítmicos encarnan la lógica de la racionalidad instrumental en el capitalismo digital contemporáneo. En primer lugar, revisa el concepto filosófico de la razón y, a continuación, analiza cómo las infraestructuras algorítmicas transforman

la racionalidad en mecanismos de predicción, eficiencia y control del comportamiento.

El concepto de razón y el auge de la racionalidad instrumental

Las concepciones filosóficas de la razón han evolucionado a lo largo del tiempo y reflejan contextos históricos específicos. Para Immanuel Kant (2004), la razón en su sentido amplio se refiere a la inteligencia humana, mientras que en su sentido más estricto constituye la etapa más elevada de la cognición, sirviendo de fundamento tanto del conocimiento como de la moralidad, aunque dentro de límites reconocidos. Desde una perspectiva marxista-leninista, la razón surge de condiciones sociohistóricas, moldeadas por la actividad productiva y la lucha de clases, orientadas a organizar racionalmente la sociedad para la emancipación colectiva.

La escuela de Frankfurt, sin embargo, lanza una advertencia crítica: la razón misma puede distorsionarse. Horkheimer y Adorno (2002) sostienen que, bajo el capitalismo moderno, la razón degenera en razón instrumental —una forma de racionalidad centrada exclusivamente en la eficiencia y la utilidad—. En lugar de fomentar el juicio moral y la reflexión crítica, la razón instrumental reduce tanto a la naturaleza como a la humanidad a objetos de cálculo y control. Como escriben: “Lo que de hecho se destruye es la dialéctica de la razón, ya que la razón instrumental convierte toda relación en un proceso calculable y controlable” (p. 97).

Esta regresión, sugieren, comienza con la Ilustración, donde la promesa emancipadora de la razón se convierte en dominación. Los seres humanos se convierten en unidades medibles dentro de los sistemas de producción, despojados de dignidad y redefinidos por su función. El Estado burocrático y los mercados capitalistas se basan cada vez más en esa lógica, reforzando las estructuras de poder existentes (Habermas, 1984). Como señala Feenberg (2005), esta racionalidad tecnocrática erosiona la autorreflexión y la agencia crítica.

Desde este punto de vista, la razón ya no libera, sino que administra. Como concluyen Horkheimer y Adorno (2002): “En el mundo administrado, la razón instrumental extiende su dominio sobre todas las esferas de la vida, disolviendo tanto el pensamiento crítico como la razón dialéctica” (p. 119). La trayectoria de la razón —desde la moral kantiana hasta la emancipación marxista y el pesimismo de la escuela de Frankfurt— revela su alienación en las condiciones modernas. La razón, lejos de ser neutral o inmutable, debe examinarse dentro de su contexto social, económico y político.



Si los algoritmos representan la encarnación tecnológica de la razón instrumental, la siguiente pregunta es cómo dichos sistemas reconfiguran la cognición humana y el juicio público en la vida digital cotidiana.

Los algoritmos como encarnaciones tecnológicas de la razón instrumental

En el capitalismo digital contemporáneo, los algoritmos —en particular los impulsados por la inteligencia artificial (IA) y el *big data*— se han convertido en encarnaciones tecnológicas concretas de la razón instrumental; los algoritmos sirven como encarnaciones concretas de la razón instrumental. En lugar de buscar la comprensión o la emancipación, el conocimiento se valora cada vez más por su utilidad en la predicción, el control y la optimización (Zuboff, 2019). Esta lógica sustenta la gobernanza algorítmica, que privilegia la “calculabilidad” por encima de las consideraciones deliberativas o éticas (Yeung, 2018). Los algoritmos con motivaciones comerciales amplifican los contenidos sensacionalistas y divisivos, reforzando los patrones de manipulación conductual y condicionamiento epistémico.

A finales del siglo XX y principios del XXI, a medida que los modelos tradicionales de crecimiento económico revelaban cada vez más sus límites estructurales —el aumento de los costes de los recursos, la saturación del mercado y la disminución de la eficiencia de las infraestructuras industriales— el capitalismo se enfrentó a una presión creciente para expandirse hacia nuevos espacios de acumulación. En estas condiciones, surgió una esfera digital aparentemente ilimitada. Las plataformas digitales se convirtieron en la forma organizativa dominante de la era posindustrial, porque podían coordinar mercados multilaterales, controlar infraestructuras intermediarias y, sobre todo, acumular datos como activo estratégico.

Dentro de los vastos y continuamente crecientes depósitos de información digital, los datos de comportamiento se han convertido en uno de los recursos más valiosos. Mediante la extracción del excedente de comportamiento, la publicidad ya no opera a través de una exposición masiva generalizada, sino mediante una alineación cada vez más precisa con los intereses, las preferencias y los patrones de consumo de los usuarios. De esta transformación surgió un nuevo modelo de acumulación comúnmente descrito como capitalismo de vigilancia. El extraordinario crecimiento de las grandes empresas tecnológicas durante las últimas dos décadas ha sido impulsado en gran medida por modelos publicitarios



centrados en los datos y contruidos sobre esta lógica de extracción de datos de comportamiento (Zuboff, 2019, pp. 112-113). Como sostiene Zuboff, el capitalismo de vigilancia utiliza la IA para maximizar la previsibilidad y el control del comportamiento, institucionalizando la racionalidad instrumental en el núcleo de la infraestructura digital. En una sociedad “datificada”, los algoritmos procesan enormes conjuntos de datos de comportamiento para optimizar el rendimiento en todos los ámbitos —desde el marketing hasta la vigilancia policial— a costa de la autonomía y la reflexividad (Zuboff, 2019, pp. 241-243).

Mittelstadt *et al.* (2016) destacan que “los sistemas algorítmicos están diseñados para optimizar objetivos predefinidos —ya sean tasas de clics, participación de los usuarios o generación de ingresos— a través de procesos matemáticos” (pp. 1-2). Estos sistemas cuantifican el comportamiento y automatizan las decisiones, reduciendo la libertad a un conjunto de resultados calculados.

Siguiendo a la escuela de Frankfurt, Marcuse (2013) advirtió que el principio de realidad se había transformado en un principio de rendimiento, exigiendo conformidad con la productividad y la eficiencia. Como observó más tarde, “el rendimiento y la eficiencia han suplantado a los valores éticos y emancipadores en la sociedad industrial avanzada, sometiendo las capacidades humanas a los imperativos tecnológicos” (Marcuse, 2013, pp. 17-18). Por su diseño, los algoritmos modelan y digitalizan la realidad según criterios técnicos. Al hacerlo, difuminan la línea entre lo que es racional y lo que es normativamente legítimo. Así, la advertencia de la escuela de Frankfurt ya no es teórica: está codificada algorítmicamente en las infraestructuras dominantes de la vida contemporánea.

Marx y Engels (2002) describieron el capitalismo como un sistema impulsado por la acumulación infinita de capital y la incorporación continua de nuevos ámbitos de la vida a las relaciones mercantiles. Desde una perspectiva marxista, el capitalismo de vigilancia representa un nuevo régimen de acumulación dirigido hacia la propia experiencia vital humana, que transforma todas las dimensiones de la vida —la búsqueda, la comunicación, el movimiento, las emociones y la interacción cotidiana— en activos de datos sujetos a la propiedad y la explotación capitalistas. A medida que los sistemas algorítmicos penetran cada vez más en la vida cotidiana a través de la lógica del capitalismo de vigilancia, su influencia se extiende mucho más allá del comportamiento económico y comienza a remodelar los cimientos cognitivos y culturales de la sociedad democrática. Así pues, la erosión del pensamiento crítico



no se limita a la cognición individual; en última instancia, transforma la propia cultura democrática.

Gobernanza algorítmica y gestión biopolítica de la vida

Más allá de su lógica instrumental, los algoritmos también funcionan como herramientas de gobernanza biopolítica. Siguiendo el concepto de biopolítica de Foucault (2008) —la racionalidad política que gobierna la vida y las poblaciones— los algoritmos gestionan ahora la existencia humana a través de la modulación basada en datos. Rouvroy y Berns (2013) describen la gobernanza algorítmica como “un nuevo régimen biopolítico en el que los procesos basados en datos regulan la vida misma, configurando las condiciones de existencia de las poblaciones” (pp. 164-165). Con su capacidad para recopilar, analizar y predecir el comportamiento a gran escala, los sistemas algorítmicos reconfiguran las propias estructuras de la vida (Cheney-Lippold, 2017).

Zuboff (2019) enmarca este fenómeno como el capitalismo de la vigilancia, en el que la experiencia humana se convierte en materia prima para la predicción del comportamiento y el lucro. Los algoritmos estructuran silenciosamente las elecciones, influyen en la atención y manipulan las preferencias, a menudo sin consentimiento informado. Lo que surge, advierte, es “un golpe desde arriba”, en el que el poder privado de los datos elude la supervisión democrática tradicional. El resultado es una nueva forma de dominación, psicológica más que física.

Hoy en día, la vigilancia ya no se limita al Estado. Como sostiene Lyon (2006), la proliferación de las tecnologías digitales ha ampliado el alcance de la vigilancia a los aspectos más privados de la existencia cotidiana, yendo más allá del modelo tradicional del panóptico (pp. 4-5). Zuboff (2019) amplía la metáfora de Foucault: la observación constante a través de las plataformas digitales moldea el comportamiento de forma invisible (pp. 234-235). Los individuos son continuamente vigilados, ajustados y clasificados, no solo como consumidores, sino como sujetos gobernables.

Couldry y Mejías (2019) caracterizan el poder algorítmico como un ensamblaje tecnopolítico que fusiona la razón instrumental con el control biopolítico (p. 73). La optimización se convierte en normativa: los individuos se ajustan inconscientemente a las métricas definidas por el sistema. Las plataformas, aunque proclaman su neutralidad, en realidad sirven a los intereses de los poderes dominantes, configurando lo que es visible, valioso y legítimo.





Mir (2025) advierte de que estas plataformas monopolísticas —aunque eficientes— concentran la influencia política y económica. Gracias a la ley de Metcalfe, el valor de estas plataformas crece exponencialmente, al igual que su potencial de manipulación. Una vez que los datos de comportamiento son lo suficientemente profundos, se puede “leer” a los usuarios —incluso antes de que sean conscientes de sí mismos— y guiarlos en consecuencia. En Canadá, por ejemplo, el 80,5 % de la población utilizaba Facebook a finales de 2023 (Napoleon Cat, s. f.), lo que otorgaba a Meta una inmensa influencia sobre la opinión pública.

Las consecuencias no son abstractas. El escándalo de Cambridge Analytica reveló cómo se utilizaron datos y algoritmos para transmitir mensajes políticos microsegmentados, diseñados para provocar respuestas emocionales e influir en los votantes indecisos en la campaña del Brexit (Cadwalladr y Graham-Harrison, 2018; Cadwalladr y Townsend, 2018). Así, la desinformación funciona ahora como una forma estratégica de comunicación política.

En las elecciones presidenciales estadounidenses de 2024, Elon Musk —a través de plataformas como X y el ecosistema digital de Tesla— utilizó campañas mediáticas dirigidas para amplificar su influencia política (Financial Times, 2024). Estos ejemplos revelan cómo el poder algorítmico —antes limitado al comercio o la comunicación— se extiende ahora profundamente en el ámbito político, remodelando el discurso público y desafiando los cimientos de la agencia democrática.

El silencioso declive de la razón en la era algorítmica

El declive silencioso de la razón en la era algorítmica se manifiesta a través de sutiles transformaciones en la forma en que las personas piensan, juzgan y se relacionan con la información en los entornos digitales. Este proceso no solo debilita las capacidades críticas y reflexivas, sino que también limita la exposición a perspectivas diversas, fomentando formas polarizadas de consenso y socavando las condiciones necesarias para la deliberación democrática.

La erosión del pensamiento crítico y el juicio reflexivo

La erosión del pensamiento crítico bajo el poder algorítmico no es un fenómeno imprevisto. Ya en 1964, Herbert Marcuse diagnosticó la pérdida de conciencia crítica del individuo moderno en un mundo dominado por la racionalidad tecnológica y la ideología consumista. En *El hombre unidimensional*, advirtió que la optimización de los intereses comerciales

conduce a la atrofia de la crítica social, reduciendo a los individuos a consumidores pasivos moldeados por un sistema preconfigurado. Las nuevas formas de control, enmascaradas como progreso y eficiencia, erosionan la libertad al embotar las facultades críticas, una dinámica que ahora se intensifica en la era algorítmica. A medida que la razón retrocede, los individuos ya no cuestionan las estructuras que les rodean; llegan a desear y aceptar solo lo que el sistema ofrece. La propaganda digital actual no solo pretende persuadir, sino generar sumisión cognitiva: una población que ya no se pregunta “por qué” (Bennett y Livingston, 2018).

A pesar del acceso sin precedentes a la información, los usuarios sufren cada vez más una sobrecarga cognitiva. Esta saturación fomenta la susceptibilidad a las teorías de la conspiración y a la desinformación, que han sido factores clave de las recientes perturbaciones a nivel mundial (Ecker *et al.*, 2022). En las elecciones federales de Canadá de 2025, por ejemplo, el entorno en línea se convirtió en un espacio caótico inundado de contenido engañoso que fracturó la opinión pública, convirtiendo el discurso democrático en un terreno volátil gobernado más por los prejuicios que por la razón (The White Hatter, 2025). Se observan dinámicas similares en todo el mundo. TikTok, por ejemplo, se ha convertido en un poderoso vector de desinformación sobre acontecimientos como la guerra en Ucrania (Bösch y Divon, 2024).

Las teorías de la conspiración en línea han logrado moldear segmentos de la conciencia pública, generando un falso consenso en torno a cuestiones como las vacunas contra la COVID-19 o las elecciones estadounidenses de 2020 (Skafle *et al.*, 2022). Esta manipulación ya no requiere censura estatal; basta con inundar los *feeds* de las redes sociales con narrativas dirigidas algorítmicamente. A través de una amplificación calculada, las plataformas digitales permiten un “consentimiento fabricado” bajo una nueva apariencia. Un público fragmentado se autoorganiza en torno a narrativas diseñadas, eludiendo la deliberación y el escrutinio crítico.

Las plataformas como Meta, Google y YouTube operan según una lógica coherente: cuanto más comprenden a los usuarios, más tiempo pueden retener su atención y, en consecuencia, mayor es el valor económico que pueden extraer. La paradoja radica en el hecho de que esta misma capacidad de “servicio perfecto” también señala una forma cada vez más profunda de dependencia. Cuanto más personalizado es el contenido y más fluida la experiencia, más se integran los individuos en un sistema invisible de extracción y modulación del comportamiento. A nivel cognitivo, este mecanismo produce una forma de “orientación volun-



taria”, en la que los individuos creen que eligen libremente, mientras que el campo de opciones disponibles ya ha sido estructurado por algoritmos optimizados para la participación. El resultado es la erosión gradual de la autonomía, a medida que la frontera entre las necesidades auténticas y los deseos contruidos artificialmente se vuelve cada vez más difusa. Los seres humanos ya no aparecen como sujetos autorreflexivos, sino que quedan reducidos a conjuntos de señales conductuales que pueden medirse, predecirse y explotarse dentro de un ciclo de acumulación de datos en constante expansión.

Los beneficios de las plataformas digitales dependen directamente de su capacidad para retener la atención de los usuarios durante el mayor tiempo posible. En consecuencia, estas plataformas han desarrollado una arquitectura adictiva, basada en mecanismos psicológicos como las recompensas instantáneas y los bucles de retroalimentación de dopamina. En otras palabras, las plataformas construyen deliberadamente ciclos psicológicos que animan a los usuarios a buscar continuamente una estimulación inmediata, manteniendo así una participación ininterrumpida. Esto ayuda a explicar por qué muchas formas de malestar psicológico digital no deben entenderse como efectos secundarios accidentales, sino más bien como resultados predecibles de un diseño intencionado. Un estudio transnacional realizado por Cheng *et al.* (2021) en 32 países, reveló que aproximadamente el 24 % de los usuarios muestra signos de adicción a las redes sociales. Del mismo modo, un informe del U. S. Department of Health and Human Services (2023) indicaba que los adolescentes que pasan más de tres horas al día en las redes sociales se enfrentan a un riesgo aproximadamente doble de sufrir problemas de salud mental, como ansiedad y depresión. Estas cifras no solo revelan la magnitud del problema, sino que también demuestran la conexión entre las estructuras de las plataformas y la transformación psicológica de los usuarios.

Paradójicamente, mientras que los *chatbots* de IA se vuelven cada vez más inteligentes gracias a los datos generados por miles de millones de usuarios, los propios seres humanos se enfrentan al riesgo creciente de lo que la cultura digital suele describir como “brainrot”, un término coloquial que hace referencia al deterioro de la concentración y el pensamiento crítico causado por el consumo excesivo de contenido digital breve, repetitivo y de escaso valor, especialmente en las plataformas de redes sociales, lo que fomenta patrones de comportamiento adictivos y reduce la capacidad de las personas para interactuar con formas de información más profundas. Al mismo tiempo, la comercialización de imágenes, emociones y la autopresentación en línea reduce cada vez más el valor personal a métricas de interacción como “me gusta”, “compartir” y “seguidores”.



En este sentido, los individuos no solo están sometidos a vigilancia, sino que también son “valorados” y cuantificados dentro de un mercado digital, lo que contribuye a una crisis de identidad más amplia en la sociedad contemporánea. Estos acontecimientos no solo reflejan la naturaleza generalizada del problema, sino que también revelan la profunda relación entre las estructuras de las plataformas y la transformación psicológica de los usuarios.

El resultado es preocupante: la verdad se vuelve frágil y la razón pública se derrumba. Como advirtió Hannah Arendt, una sociedad inundada de medios distorsionados pierde los cimientos de la realidad compartida y, con ello, las condiciones para un juicio sensato. La verdad, argumentaba, es “extremadamente frágil” y puede ser “manipulada y eliminada del mundo por el poder político” (Arendt, 1972). En un clima así, los ciudadanos abrumados por mensajes contradictorios son menos propensos a buscar claridad. En su lugar, se refugian en la pasividad, volviéndose vulnerables a campañas de desinformación cuidadosamente diseñadas. Los algoritmos, como se ha analizado anteriormente, sirven como mecanismos de difusión de estas campañas, ya sean impulsadas por objetivos políticos o comerciales. Los *bots* sociales amplifican aún más las falsedades, reforzando los sesgos cognitivos y acelerando la difusión de afirmaciones sin verificar. Gombar (2025) describe acertadamente esto como una guerra cognitiva, en la que la percepción pública se manipula a través de los ecosistemas de los medios digitales.

Este entorno produce un “consenso virtual”, no basado en el debate racional, sino moldeado por el control de la información. El objetivo de la desinformación ya no es solo el engaño, sino la desorientación, la desconexión emocional y la aceptación pasiva. El peligro a largo plazo es la degradación gradual de la vitalidad intelectual del público. Rodeados de flujos de contenido personalizados, los usuarios consumen cada vez más sin reflexionar, haciendo clic en “me gusta” en contenidos de entretenimiento mientras se desvinculan de temas de fondo. Con el tiempo, esto debilita los hábitos del discurso civil y la indagación crítica.

Como observa Van Badham (2024), los jóvenes —los más inmersos en los entornos digitales— muestran signos tempranos de un declive del pensamiento crítico y una disminución de la autonomía en sus respuestas al contenido en línea. Sus realidades sociales se limitan a pantallas donde la información manipulada se confunde con la verdad. En un mundo así, como advierte O'Hara (2022), los entornos digitales pueden tanto potenciar como corroer la racionalidad humana, dependiendo de cómo estén estructurados y regulados. De hecho, el propio proceso de formación de



la identidad está cada vez más condicionado por estos entornos. Como señala Alegría Morán (2025), “los jóvenes, al dar forma a los espacios que ocupan, también moldean sus manifestaciones de identidad, configurando sus virtudes, creencias y sentidos” (p. 274), lo que pone de relieve que los espacios digitales no son ámbitos neutrales, sino entornos que participan activamente en la construcción de la subjetividad.

La supresión del pensamiento divergente y el auge del consenso polarizado

La estructuración algorítmica de los entornos digitales suprime cada vez más el pensamiento divergente y fomenta la ilusión de consenso a través de la polarización. Arguedas *et al.* (2022) describen cómo los algoritmos atrapan a los usuarios en cámaras de eco o burbujas de filtro, reforzando selectivamente las opiniones preexistentes mientras excluyen las perspectivas contrarias. En este régimen, los individuos ya no están expuestos a la diferencia, sino que solo se encuentran con afirmaciones, seleccionadas algorítmicamente, de lo que ya creen. Los guardianes tradicionales —editores, periodistas, intelectuales públicos— han sido desplazados en gran medida por lógicas algorítmicas que determinan la visibilidad basándose no en la verdad, sino en la participación. Los algoritmos de las plataformas se basan cada vez más en las respuestas conductuales inmediatas de los usuarios, fomentando a menudo formas de participación que no reflejan necesariamente sus intereses más profundos, sus intenciones a largo plazo o sus preferencias genuinas.

En esta lógica, la personalización fragmenta de la esfera pública, los algoritmos como el News Feed de Facebook y la página Para Ti de TikTok, seleccionan contenidos basándose en perfiles de comportamiento (Mittelstadt *et al.*, 2016), produciendo lo que se ha descrito como un “espejo del yo”. En TikTok, este proceso alcanza niveles extremos: la plataforma aprende rápidamente las preferencias de los usuarios y les ofrece un flujo constante de contenido que las reafirma. Como señaló The Verge, TikTok funciona como “un canal de televisión perfectamente calibrado para el cerebro del usuario” (Sato, 2024). Si bien esta hiperpersonalización maximiza la participación de los usuarios, también limita la exposición cognitiva y reprime el desarrollo del pensamiento divergente o crítico. Las elecciones presidenciales estadounidenses de 2024 ilustraron este peligro de forma vívida. En el periodo previo a la votación, TikTok se convirtió en una “burbuja optimista” para los partidarios de Harris, alimentándolos



únicamente con contenido que reafirmaba su probable victoria, lo que llevó a muchos a ignorar las señales discrepantes (Sato, 2024).

Este tipo de entornos fomentan el aislamiento ideológico. Las personas se sienten atraídas por comunidades afines, que se convierten en enclaves aislados de afirmación en lugar de espacios de diálogo. En estos entornos, lo más probable es que se difunda contenido impactante o cargado de emotividad, en lugar de un discurso medurado y basado en hechos (Dunaway, 2024). La lógica de la participación favorece lo provocativo frente a lo reflexivo. Zollo *et al.* (2017) observan que, dentro de las cámaras de eco, incluso los intentos de corregir creencias falsas fracasan porque los usuarios privilegian la identidad por encima de las pruebas.

La polarización no se limita a una sola plataforma. Se desarrolla en paralelo en todos los espacios digitales: X, YouTube, Reddit... cada uno de los cuales cultiva su propio consenso interno. Los usuarios que expresan opiniones minoritarias se enfrentan a la invisibilidad algorítmica, a un menor alcance y, finalmente, a la autocensura (Kaiser *et al.*, 2020). Como señalan Gearhart y Zhang (2015), esta dinámica refleja la “espiral del silencio”, en la que se suprimen las opiniones percibidas como minoritarias, lo que permite que las narrativas dominantes parezcan hegemónicas. La ausencia de disidencia visible no debe confundirse con un acuerdo genuino; a menudo, refleja los efectos silenciadores del control algorítmico.

Más allá de la personalización, los algoritmos moldean activamente la visibilidad y la popularidad de los contenidos. Las principales plataformas destacan las publicaciones basándose en métricas de interacción, creando una economía implícita de la atención. El contenido que tiene un buen rendimiento —independientemente de su base factual— recibe recompensas algorítmicas, mientras que las verdades matizadas o impopulares quedan marginadas. Pennycook *et al.* (2018) destacan que este modelo privilegia el sensacionalismo sobre la precisión, convirtiendo la verdad en una víctima de la competencia digital por la atención. El panorama epistémico se distorsiona: lo que circula ampliamente no es lo que es cierto, sino lo que provoca.

Las implicaciones políticas son graves. En entornos profundamente polarizados, las distintas comunidades viven en realidades incompatibles. La ausencia de hechos compartidos erosiona el terreno común necesario para una deliberación racional. Ecker *et al.* (2024) advierten de que esta fragmentación fomenta la desconfianza y la radicalización. Los individuos perciben cada vez más a su grupo como moralmente correcto y numéricamente dominante, mientras que los disidentes son vistos como aberrantes o manipulados. Cuando los resultados políticos desafían



estas expectativas insulares, la desilusión resultante puede conducir a una ruptura de la confianza, e incluso a una reacción violenta.

El declive de la razón no se manifiesta como una coacción abierta, sino como la silenciosa desaparición de la disidencia. Los públicos digitales pueden parecer armoniosos, pero bajo la superficie yace un orden epistémico profundamente fragmentado. La supresión algorítmica de las opiniones minoritarias crea un consenso artificial, ocultando la ausencia de pluralismo (Arguedas *et al.*, 2022). Como previeron Marx y Engels (2000), el progreso moderno a menudo da lugar a la externalización del intelecto en sistemas, mientras que la subjetividad humana se degrada a una capacidad de respuesta mecánica. En la era digital actual, los sistemas algorítmicos parecen poseer vida intelectual —seleccionando, prediciendo, optimizando— mientras que la razón humana se reduce a la pasividad, erosionada por patrones de los que ya no es autora (Marx y Engels, 2000).

292



De la pasividad epistémica a la fragilidad democrática

La erosión de la razón crítica en los entornos digitales acaba extendiéndose más allá de la esfera de la cognición individual y comienza a afectar a los cimientos de la propia vida democrática. A medida que los ciudadanos se vuelven cada vez más dependientes de los sistemas de información mediados por algoritmos, la pasividad epistémica se transforma gradualmente en fragilidad democrática. Este proceso se manifiesta no solo en la manipulación de la razón pública a través del control algorítmico y la desinformación, sino también en el debilitamiento de la agencia democrática y la responsabilidad moral en la sociedad contemporánea.

El poder algorítmico y la manipulación de la razón pública

Hannah Arendt (1951) advirtió de manera célebre que la difuminación de los límites entre la verdad y la falsedad es una de las herramientas más insidiosas del control totalitario. En su opinión, el sujeto ideal del régimen totalitario no es el nazi convencido, sino aquellas personas para quienes la distinción entre realidad y ficción, entre lo verdadero y lo falso, ya no existe. Esta confusión epistemológica marca una ruptura crítica en la razón pública.

Cuando la razón declina silenciosamente, la sociedad pierde su capacidad de cuestionar, verificar y juzgar. El resultado es un público epistemológicamente vulnerable, susceptible a las noticias falsas, la retórica

populista y las narrativas conspirativas. Los grupos extremistas, armados con herramientas de microsegmentación en las redes sociales, explotan esta vulnerabilidad para difundir la propaganda adaptada a perfiles psicológicos y demográficos específicos, moldeando el comportamiento e influyendo en los resultados electorales. Neudert (2017), por ejemplo, documentó el uso coordinado de *bots* políticos y noticias basura alemanas en las elecciones federales del país, evidenciando cómo se pueden desplegar los agentes algorítmicos para manipular los procesos democráticos.

Los sistemas algorítmicos entrenados con datos sesgados perpetúan aún más la discriminación estructural. Buolamwini y Gebru (2018) demostraron cómo los sistemas de reconocimiento facial muestran sesgos raciales y de género, revelando cómo la racionalidad tecnológica puede reforzar las desigualdades existentes en lugar de dismantelarlas.

La paradoja de la modernidad digital es que, mientras que la información es abundante, el discurso público se empobrece. En esta condición posverdad, el ruido ahoga la señal, las perspectivas críticas quedan silenciadas y la claridad da paso a la confusión. McIntyre (2018) describió esto como un cambio social en el que la verdad ya no ejerce peso normativo en el debate público. El debilitamiento de la razón crítica, acelerado por la amplificación algorítmica, abre la esfera pública a la dominación cognitiva por parte de las élites corporativas y políticas.

El filósofo Herbert Marcuse (2013) prefiguró esta dinámica en su análisis de la esclavitud sublimada, un estado en el que los individuos interiorizan la dominación y confunden la coacción con la libertad. En el contexto digital actual, el control ya no se ejerce de forma abierta, sino que se difunde a través de lógicas algorítmicas que empujan, influyen y condicionan la elección. De este modo, la razón pública no solo se silencia, sino que se reprograma sutilmente.

La pérdida de la agencia democrática y la crisis de la responsabilidad moral

La manipulación de la razón pública conduce inevitablemente a la erosión de la agencia democrática. El consentimiento ya no se deriva de la deliberación y la comprensión, sino de una percepción manipulada y una respuesta emocional. Como señala Zuboff (2019), el capitalismo de vigilancia introduce “una nueva forma de poder que no se basa en la supervisión democrática, sino en el conocimiento unilateral, la asimetría y el control del comportamiento” (p. 8). Los individuos, cada vez más influenciados por mensajes microsegmentados, comienzan a actuar no como



ciudadanos autónomos, sino como sujetos conductuales que responden a estímulos invisibles.

Esta situación socava los fundamentos éticos de la democracia. Nyhan (2020) sostiene que la publicidad política a menudo refuerza las percepciones erróneas de los votantes, mientras que Ranjan y Upadhyay (2024) observan que dicha publicidad tiende a simplificar en exceso temas complejos, distorsionando la comprensión del público. Lejos de empoderar a los ciudadanos, el contenido seleccionado algorítmicamente estrecha sus marcos interpretativos y amplifica los sesgos, produciendo una especie de despotismo informativo disfrazado de libertad de expresión. La ilusión de elección sustituye a la autonomía.

Los públicos fragmentados, cada uno de los cuales habita en su propio entorno informativo personalizado, se polarizan cada vez más. Las plataformas de redes sociales funcionan como máquinas de polarización, erosionando los puntos en común y cultivando el tribalismo epistémico. Ecker *et al.* (2024) advierten de que tales entornos promueven la ilusión de que el propio grupo es dominante y moralmente correcto, mientras que los oponentes son percibidos como irracionales o peligrosos. Cuando las expectativas chocan con las realidades electorales, el resultado no es la reflexión, sino la indignación, lo que alimenta la inestabilidad política.

Las consecuencias no se limitan únicamente al discurso. La incitación digital puede traducirse en violencia en el mundo real. Müller y Schwarz (2020) documentan cómo la propaganda de extrema derecha en plataformas como Facebook y Twitter ha contribuido a los delitos de odio contra inmigrantes y musulmanes. Esta ruptura de la confianza epistémica y social debilita la capacidad de la sociedad para responder colectivamente a crisis como las pandemias, el cambio climático y la desigualdad económica.

El dominio global de unas pocas corporaciones digitales también amenaza la soberanía nacional de la información. El caso de la decisión de Meta (Facebook), en 2023, de bloquear a los medios de comunicación canadienses en respuesta a medidas reguladoras (Patterson, 2024), demuestra hasta qué punto el poder corporativo puede prevalecer sobre la gobernanza democrática. Ya no se trata simplemente de un sesgo mediático, sino de plataformas supranacionales que ejercen un control unilateral sobre el acceso a la información.

Hoy en día, el declive de la democracia es menos un tema de represión autoritaria que de normalización algorítmica. Los oligarcas digitales —armados con vastos conjuntos de datos y conocimientos sobre el comportamiento— ejercen un control sutil sobre la conciencia pública. Moldean no solo lo que la gente ve y cree, sino también cómo interpreta



la realidad y se relaciona entre sí. Este poder, aunque en gran medida invisible, es profundamente político —y profundamente moral—.

El ideal ilustrado de la democracia se basa en la premisa de que los individuos libres, guiados por la razón y capaces de ejercer el juicio moral, pueden forjar su destino colectivo. En un mundo en el que la opinión pública se fabrica y la agencia moral se ve erosionada, ese ideal se vuelve cada vez más frágil. El declive de la razón, acelerado por la gobernanza algorítmica, señala así no solo una crisis del conocimiento, sino también una crisis de la responsabilidad moral y democrática.

Revitalizar la razón y la responsabilidad en la era digital

Revitalizar la razón y la responsabilidad en la era digital requiere algo más que regulación tecnológica; exige la reconstrucción de los cimientos éticos, epistémicos y educativos de la vida democrática. Esta renovación implica tanto recuperar la agencia epistémica individual frente a la manipulación algorítmica como fomentar una cultura democrática basada en el pensamiento crítico, la responsabilidad moral y la racionalidad comunicativa.

295



Recuperar la agencia epistémica desde la ética, la verdad y el compromiso pedagógico

Revitalizar la razón en la era digital requiere un compromiso colectivo para restaurar la reflexión crítica y la agencia epistémica. El primer imperativo radica en la gobernanza ética de los datos y los algoritmos. Como señala O'Hara (2022), “la modernidad digital es un mundo subjetivo en el que la reflexividad y la elección se externalizan a la infraestructura de datos ambientales” (p. 53). En un mundo así, los individuos pierden su autonomía a menos que se introduzcan mecanismos para reafirmar el control sobre las infraestructuras que configuran su cognición.

El *big data*, considerado ahora el “petróleo” de la economía digital, se concentra cada vez más en manos de unas pocas corporaciones poderosas. Sin embargo, a diferencia de los recursos tradicionales, los datos son intangibles, infinitamente replicables y fluyen a una velocidad sin precedentes. Según Couldry y Mejías (2019), el capitalismo digital transforma a los usuarios en trabajadores no remunerados cuyos datos de comportamiento se recogen con fines lucrativos. En este régimen, la supervisión democrática es sustituida por la gobernanza algorítmica, y la autonomía del usuario se ve socavada por infraestructuras opacas.

Para invertir esta dinámica, es necesario reforzar los mecanismos jurídicos e institucionales. El UNDP (2019) destaca la necesidad de una regulación antimonopolio y de obligaciones en materia de intercambio de datos para limitar el poder monopolístico y promover la transparencia democrática. Las lecciones extraídas de la Ley de Servicios Digitales (DSA) y la Ley de Mercados Digitales (DMA) de la Unión Europea (UE) sugieren que controlar el poder de las plataformas no solo es necesario, sino también posible. Los gobiernos deben promulgar una legislación sólida en materia de datos, hacer cumplir la transparencia algorítmica y garantizar el acceso de los ciudadanos a una información pluralista.

Sin embargo, el problema de regular el poder algorítmico no puede reducirse únicamente a cuestiones de transparencia jurídica o supervisión institucional. También se refiere a la asimetría estructural inherente a las propias formas de “consentimiento” que rigen la vida digital contemporánea. En la práctica, hacer clic en el botón “Acepto” se ha convertido en una condición obligatoria para acceder a los servicios dentro del ecosistema de las grandes tecnológicas —una vasta red de plataformas digitales, infraestructuras y servicios interconectados que incluye motores de búsqueda, redes sociales, comercio electrónico, computación en la nube y sistemas de IA—. Formalmente, estos acuerdos se presentan como acuerdos consensuados entre usuarios y plataformas. Sin embargo, funcionan según una lógica contractual coercitiva de “lo tomas o lo dejas”: los usuarios deben aceptar los términos o abandonar su participación en entornos digitales esenciales.

En la sociedad contemporánea, donde la vida cotidiana se ha vuelto profundamente dependiente de internet y los servicios digitales, las personas se ven efectivamente obligadas a hacer clic en “aceptar” como una necesidad de procedimiento más que como una expresión de una elección voluntaria genuina. Incluso bajo la hipótesis de que los usuarios puedan leer estos acuerdos en su totalidad, la complejidad de las estructuras jurídicas y el lenguaje técnico especializado les dificulta comprender o evaluar críticamente las implicaciones de aquello a lo que están dando su consentimiento. Estos acuerdos permiten a las empresas tecnológicas establecer unilateralmente derechos de acceso, extracción, análisis y reutilización de datos de comportamiento sin una negociación significativa ni un consentimiento democrático auténtico. En este sentido, el poder de las plataformas a menudo establece prácticas normativas antes de que los ciudadanos e incluso los gobiernos sean plenamente conscientes de las transformaciones que se están produciendo. La expresión “Acepto”, por tanto, no marca el inicio de una relación transparente, sino que funciona



como una puerta de entrada legal que legitima un sistema preconfigurado de poder y vigilancia de datos. Por esta razón, el tema de cómo las sociedades democráticas pueden regular el capitalismo de vigilancia y limitar la extracción explotadora de datos de los usuarios se ha convertido en uno de los principales retos jurídicos y políticos de la era digital.

En el contexto del capitalismo de datos y del poder en expansión de las plataformas digitales globales, el Reglamento General de Protección de Datos (RGPD) de la UE se ha considerado un paso significativo hacia la protección de la privacidad y la dignidad humana en los espacios digitales. El RGPD afirma que los datos personales no deben tratarse meramente como un recurso económico, sino como un tema estrechamente relacionado con los derechos fundamentales de los ciudadanos. En consecuencia, establece principios estrictos en materia de transparencia, consentimiento informado y rendición de cuentas en el tratamiento de datos. Al mismo tiempo, el reglamento refleja el esfuerzo más amplio de la UE por limitar la comercialización y la explotación de los datos de comportamiento por parte de las empresas tecnológicas transnacionales (EU, 2016).

Ante el rápido desarrollo de la IA, el *big data* y la economía de plataformas, el RGPD también se enfrenta a nuevos retos. En 2025, la UE siguió introduciendo normativas como la Ley de Datos y la Ley de IA, lo que demuestra que el poder de los datos ya no se limita a la cuestión de la privacidad individual, sino que ha evolucionado hasta convertirse en un tema estratégico que implica la soberanía digital, el poder algorítmico y el control social. Esta evolución refleja el esfuerzo más amplio de Europa por construir un modelo de gobernanza digital centrado en el ser humano, destinado a limitar la mercantilización generalizada de la vida humana bajo la lógica del capitalismo de datos y el creciente dominio de las empresas tecnológicas transnacionales (EU, 2016). Aunque el RGPD y las normativas de datos más recientes de la UE se consideran, en general, avances importantes en la protección de la privacidad y la limitación del poder de las plataformas digitales, su eficacia práctica sigue viéndose limitada por las dificultades de aplicación y las capacidades reguladoras desiguales entre los Estados miembros de la UE. Mientras que las agencias reguladoras suelen carecer de recursos suficientes y deben lidiar con largos procedimientos legales, las grandes empresas tecnológicas siguen poseyendo ventajas importantes en términos de recursos financieros, infraestructura algorítmica y control sobre los ecosistemas de datos globales. Como resultado, las normativas existentes sirven principalmente para restringir y regular parcialmente las prácticas de extracción de datos, en



lugar de transformar de manera fundamental la lógica de la acumulación de datos de comportamiento que sustenta el capitalismo de vigilancia.

Los análisis recientes de la legislación sobre datos en 2025 indican que Estados Unidos sigue careciendo de una ley federal integral de protección de datos comparable al RGPD de la UE: “Estados Unidos carece de una ley federal integral de privacidad de datos comparable al RGPD. En su lugar, la responsabilidad de proteger los datos personales recae en los estados individuales, muchos de los cuales han creado sus propias leyes de privacidad. Aunque ha habido varios intentos de introducir una ley nacional integral de privacidad de datos, hasta la fecha no se ha aprobado ninguna legislación de este tipo” (EU, 2016). Precisamente debido a la ausencia de un marco jurídico federal unificado, el control sobre los datos personales en Estados Unidos sigue concentrado en gran medida en manos de las principales plataformas digitales, lo que dificulta la protección de los datos personales en comparación con el modelo de gobernanza de datos de la UE. Estos ejemplos demuestran que los sistemas de protección de datos personales siguen evolucionando y están lejos de alcanzar una coherencia o consistencia global. En este proceso en curso, la educación sigue siendo una de las soluciones más importantes.

Igualmente importante es el papel de la educación. Recuperar la agencia epistémica requiere una transformación pedagógica. Las escuelas y universidades deben inculcar la alfabetización digital, el pensamiento crítico y la conciencia algorítmica. Los ciudadanos deben recibir formación no solo para detectar noticias falsas, sino para cuestionar las propias estructuras que median la verdad. Como advierte la ganadora del Nobel, Maria Ressa (ITN Business, s. f.), la exposición a la desinformación funciona como un veneno de acción lenta, que acaba reconfigurando la percepción y la cognición de los usuarios. Solo una pedagogía basada en la vigilancia epistémica puede inocular a las personas contra esta erosión. La educación permite a los individuos modernos desarrollar un escudo protector interno basado en los valores culturales de cada sujeto. Mientras los marcos legales siguen evolucionando, la defensa de la razón frente a la manipulación algorítmica requiere, en última instancia, reconocer que “la cultura es el sistema que regula el propio desarrollo” (Partido Comunista de Vietnam, 2026). La cultura desempeña un papel fundamental en el establecimiento de normas, la orientación de valores y la regulación del comportamiento. En este sentido, la cultura funciona como un mecanismo de autorregulación tanto para la sociedad como para el individuo, contribuyendo a la formación de una generación de ciudadanos digitalmente resilientes, dotados de conciencia crítica, autonomía cognitiva y la



capacidad de resistir al poder algorítmico. Es menos probable que estas personas se vean absorbidas en ciclos interminables de consumo y entretenimiento; pueden distinguir la verdad de la falsedad, reconocen cómo las plataformas digitales explotan sus datos y saben cuándo establecer límites ante las tentaciones generadas por las comodidades digitales.

Por último, los académicos y los periodistas desempeñan un papel fundamental a la hora de descifrar los mecanismos de caja negra de los sistemas algorítmicos. La transparencia y la rendición de cuentas deben convertirse en estándares democráticos, no en lujos técnicos. La equidad algorítmica, como sostienen Mittelstadt *et al.* (2016), debe basarse en normas éticas y políticas, y no meramente en la optimización computacional. El futuro de la vida democrática depende de la restauración de la razón pública a través de una gobernanza digital reflexiva, inclusiva y guiada por normas.

299



Hacia un “ethos” democrático de la educación crítica y moral

No puede existir una sociedad democrática sólida sin ciudadanos capaces de ejercer un juicio razonado, asumir responsabilidad moral y alcanzar el entendimiento mutuo. El legado ilustrado de la democracia como proyecto de autonomía racional debe reafirmarse a través de la educación y el discurso público. Como afirma Habermas (1996), “la democracia depende del poder comunicativo generado a través de un discurso que se aproxime a la situación ideal del habla, garantizando la legitimidad de las decisiones colectivas” (p. 305). Por lo tanto, la educación debe cultivar las capacidades necesarias para la acción democrática. Como advirtió Durkheim (1951), sin cohesión moral, las sociedades se hunden en la anomia y los individuos se alejan de las normas colectivas (p. 241). La educación pública debe fomentar un ethos democrático, arraigado en la razón, la empatía y la deliberación ética. Esto requiere que las instituciones proporcionen no solo información, sino también espacios para la participación discursiva donde los puntos de vista contradictorios puedan debatirse en condiciones de igualdad y respeto mutuo. Los estudios empíricos subrayan que una educación democrática eficaz va más allá del conocimiento memorístico, haciendo hincapié en el pensamiento crítico, el diálogo abierto y la participación cívica (Burbules, 2023; Tegelbeckers *et al.*, 2023). Por ejemplo, Burbules (2023) observa que la ausencia de habilidades de pensamiento crítico entre una gran proporción de ciudadanos deja a las democracias “vulnerables a la demagogia y al engaño descarado” (p. 189). Además, sostiene que fomentar el compro-



miso con la indagación crítica requiere no solo habilidades individuales, sino también “redes de apoyo social y estímulo”, de modo que cuando uno “plantea preguntas difíciles o cuestiona las ortodoxias” (p. 189) no se encuentre totalmente solo. En la práctica, esto significa que las políticas educativas deben dar prioridad a los planes de estudio y las pedagogías que fomentan el debate, el razonamiento ético y la resolución colaborativa de problemas. Los estudios recientes sobre la educación para la ciudadanía sugieren que los métodos de enseñanza participativos y orientados al debate —como el trabajo en pequeños grupos, los proyectos cívicos y las actividades de toma de decisiones democráticas— pueden promover eficazmente el conocimiento democrático, el compromiso político, las habilidades de pensamiento crítico y la capacidad de los estudiantes para lidiar con las diferencias (Teegelbeckers *et al.*, 2023). Por lo tanto, los sistemas educativos deberían aspirar no solo a formar graduados académicamente competentes, sino también ciudadanos capaces de mantener un diálogo público racional, un juicio reflexivo y una deliberación ética en el marco de la vida democrática.

En la era digital, la ciudadanía democrática ya no puede entenderse únicamente en términos jurídicos o institucionales. Cada vez más, se exige a los ciudadanos que se orienten en ecosistemas de información complejos, moldeados por algoritmos, la extracción de datos y la gobernanza de las plataformas. En consecuencia, la participación democrática depende ahora no solo de los derechos políticos, sino también de competencias epistémicas: la capacidad de evaluar críticamente la información, reconocer la manipulación y participar de forma responsable en los espacios públicos digitales. Esta transformación requiere una redefinición de la propia educación cívica. Las escuelas y las universidades deben cultivar formas de ciudadanía digital basadas en la responsabilidad ética, la racionalidad comunicativa y la autorreflexión crítica. Los ciudadanos no deben limitarse a consumir información de forma pasiva, sino participar activamente en la construcción del discurso democrático. En este sentido, la educación democrática se vuelve inseparable del empoderamiento epistémico. Sin esas capacidades, los individuos corren el riesgo de volverse vulnerables a la influencia algorítmica, la polarización emocional y el consenso fabricado. La defensa de la democracia depende, por lo tanto, no solo de reformas institucionales, sino también de la formación de ciudadanos capaces de resistir la manipulación epistémica y de mantener la razón pública en condiciones tecnológicas cada vez más complejas.

Habermas (1984, 1987 y 1989) desarrolló el concepto de racionalidad comunicativa como fundamento de la legitimidad democrática. En

su opinión, solo el discurso regido por la fuerza del mejor argumento —y libre de coacción— puede generar un consenso legítimo. En una era de manipulación algorítmica, este modelo cobra más relevancia que nunca. Las sociedades modernas se enfrentan a un aluvión de información y opiniones fragmentadas, a menudo seleccionadas por algoritmos opacos que amplifican el sensacionalismo o refuerzan los sesgos. Los entornos de los medios digitales, estructurados en torno a la personalización y la microsegmentación, tienden a crear “cámaras de eco” y burbujas de filtro que pueden erosionar la base común del debate público. Si no se controlan, estos imperativos del sistema amenazan con colonizar el mundo de la vida, socavando la capacidad de los ciudadanos para entablar un diálogo genuino. La comunicación algorítmica plantea profundos desafíos a la democracia. Prácticas como el filtrado, el “hiperespalidar” y la microsegmentación en las redes sociales polarizan cada vez más al electorado y debilitan los cimientos deliberativos de la sociedad democrática mediante la circulación a gran escala de desinformación. Estos procesos no solo distorsionan el entorno epistémico del público, sino que también generan desigualdades de influencia, ya que ciertos actores utilizan datos y algoritmos para moldear la opinión pública, mientras que muchos ciudadanos carecen de la capacidad para reconocer o resistirse a dicha manipulación. Para contrarrestar estas tendencias, deben fortalecerse los espacios institucionales dedicados a la razón comunicativa. Esto implica tanto reforzar los compromisos normativos (garantizando que el discurso público se adhiera a la búsqueda de la verdad y al respeto por las personas) como implementar salvaguardias estructurales en los sectores de los medios de comunicación y la tecnología.

Para salvaguardar la democracia, debemos ir más allá de la opinión fragmentada y moldeada por algoritmos hacia un entendimiento deliberativo compartido. Esto significa construir infraestructuras que sustenten el razonamiento público: periodismo independiente, foros de la sociedad civil, regulación transparente de los medios de comunicación y sistemas educativos inclusivos. Una prensa libre y pluralista y unos medios de comunicación de interés público proporcionan foros para el intercambio deliberativo de ideas y actúan como contrapeso a la desinformación. Del mismo modo, fomentar foros cívicos regulares o asambleas ciudadanas puede permitir que grupos diversos razonen juntos en condiciones de igualdad. En la esfera digital, se necesitan intervenciones políticas para garantizar que la tecnología sirva a fines democráticos. Esto incluye una mayor supervisión de los algoritmos de las redes sociales y las prácticas de datos —por ejemplo, exigir transparencia algorítmica y restricciones





a la propaganda microsegmentada— así como medidas sólidas contra la desinformación en línea. Las tecnologías emergentes de IA tienen la capacidad de saturar los entornos de los medios digitales con contenido de baja calidad, manipulación y desinformación a gran escala, debilitando así la confianza social y la rendición de cuentas democrática. En respuesta a estos riesgos, cada vez se necesitan medidas más sólidas, entre ellas sistemas fiables de detección de contenido generado por IA, una mayor responsabilidad de las plataformas y formas más amplias de alfabetización digital y mediática entre los ciudadanos. De hecho, hay que mejorar la alfabetización mediática e informacional para que los ciudadanos puedan evaluar críticamente las fuentes de noticias, reconocer la manipulación y participar de forma responsable en línea. En última instancia, defender la democracia en la era digital exige más que una regulación reactiva: requiere un compromiso cultural y filosófico con la dignidad humana, la justicia epistémica y la autonomía moral. La tarea colectiva consiste en anteponer la razón a la automatización, reafirmar la esencia ética de la vida cívica y garantizar que las tecnologías digitales sirvan a los ideales del discurso democrático, en lugar de subvertirlos. Solo mediante políticas educativas progresistas e infraestructuras de comunicación resilientes podremos dotar a los ciudadanos de las capacidades de razonamiento necesarias para mantener un espíritu verdaderamente democrático en el siglo XXI.

Conclusiones

En la era digital, los algoritmos, el *big data* y las infraestructuras de las plataformas ya no se limitan a mediar en la comunicación: están remodelando activamente las arquitecturas cognitivas, morales y políticas de la vida democrática. Hoy en día, la manipulación de la información rara vez adopta la forma de censura abierta. En su lugar, está integrada en sistemas de recomendación algorítmica, motores de personalización y análisis predictivo que gobiernan sutilmente la visibilidad, la participación y las creencias. El auge de las burbujas de filtro, las cámaras de eco, el consenso fabricado y el control del comportamiento basado en datos señala un profundo cambio epistémico: el poder algorítmico —anclado en la razón instrumental y sostenido por mecanismos biopolíticos— penetra ahora en el corazón de la razón pública y la autonomía política.

Esta colonización algorítmica marca no solo una evolución tecnológica, sino una regresión filosófica: el declive de la razón misma. La de-

mocracia moderna, que en su día se basó en el pensamiento crítico, la acción comunicativa y el consenso racional, se enfrenta ahora a una erosión que no proviene de rupturas dramáticas, sino de la normalización gradual de la irracionalidad. A medida que la transparencia da paso a la opacidad y la deliberación es desplazada por una participación manipulada, los ci-mientos de la legitimidad democrática comienzan a resquebrajarse.

Sin embargo, este declive no es inevitable. No es ni irreversible ni inmune a la resistencia. El reto que se nos plantea no es meramente normativo o tecnológico, sino profundamente filosófico y cívico: reafirmar la razón humana como principio rector de la sociedad digital. Esto significa hacer frente a la racionalidad instrumental que subyace a los sistemas algorítmicos y sustituirla por un compromiso normativo con la verdad, la justicia y la rendición de cuentas democrática.

Revertir esta trayectoria exige una estrategia multifacética. Requiere mecanismos legales para frenar el poder monopolístico de los datos y hacer cumplir la transparencia algorítmica. Exige que las instituciones públicas y los sistemas educativos fomenten la alfabetización digital, el juicio moral y la vigilancia epistémica.

En este esfuerzo colectivo, la racionalidad comunicativa debe recuperarse como piedra angular de la vida pública. Frente a las presiones de la gobernanza algorítmica, los ciudadanos deben estar capacitados para deliberar, disentir y decidir juntos. Solo restaurando la primacía de la razón sobre el código —de la agencia humana sobre el determinismo algorítmico— podemos esperar salvaguardar la integridad moral de la democracia. El futuro de la libertad en la era digital depende de nuestra voluntad de defender la razón misma.



Bibliografía

ALEGRÍA MORÁN, José Rolando

- 2025 La relación entre jóvenes y redes sociales en el habitar espacios virtuales. *Sophia, Colección de Filosofía de la Educación*, (39), 257-280. <https://doi.org/10.17163/soph.n39.2025.08>

ARENDT, Hannah

- 1951 *The Origins of Totalitarianism*. Harcourt: Brace.

ARENDT, Hannah

- 1972 *Crises of the Republic: Lying in Politics, Civil Disobedience, on Violence, Thoughts on Politics and Revolution*. Londres-Nueva York: Harcourt Brace & Company. <https://bit.ly/4x7KRR4>

ARGUEDAS, Amy Ross, ROBERTSON, Craig, FLETCHER, Richard & NIELSEN, Rasmus

- 2022 *Echo Chambers, Filter Bubbles, and Polarisation: A Literature Review*. Reuters Institute; University of Oxford. <https://bit.ly/4xc7sMo>

BADHAM, Van

2024 Social media is making kids sad-and it's bad news for democracy. *The Guardian*. 23 de marzo. <https://bit.ly/3S2skp3>

BENNETT, Lance & LIVINGSTON, Steven

2018 The disinformation order: Disruptive communication and the decline of democratic institutions. *European Journal of Communication*, 33(2), 122-139. <https://doi.org/10.1177/0267323118760317>

BUOLAMWINI, Joy & GEBRU, Timnit

2018 Gender Shades: Intersectional Accuracy Disparities in Commercial Gender Classification. En: *Proceedings of the 1st Conference on Fairness, Accountability and Transparency*. <https://bit.ly/4uXRbY>

BÖSCH, Marcus & DIVON, Tom

2024 The sound of disinformation: TikTok, computational propaganda, and the invasion of Ukraine. *New Media & Society*, 26(9), 5081-5106. <https://doi.org/10.1177/14614448241251804>

BURBULES, Nicholas

2023 Critical thinking and the conditions of democracy. *Education Policy Analysis Archives*, 31(104). <https://doi.org/10.14507/epaa.31.8062>

CADWALLADR, Carole & GRAHAM-HARRISON, Emma

2018 Revealed: 50 Million Facebook Profiles Harvested for Cambridge Analytica in Major Data Breach. *The Guardian*. 17 de marzo. <https://bit.ly/4en2gh2>

CADWALLADR, Carole & TOWNSEND, Mark

2018 Revealed: The ties that bound Vote Leave's data firm to controversial Cambridge Analytica. *The Guardian*. 24 de marzo. <https://bit.ly/3S4pdwV>

CHENG, Cecilia, LAU, Yan-Ching, CHAN, Linus & LUK, Jeremy

2021 Social media addiction across 32 nations: A meta-analysis. *Addictive Behaviors*, 117, 106845. <https://doi.org/10.1016/j.addbeh.2021.106845>

CHENEY-LIPPOLD, John

2017 *We Are Data: Algorithms and the Making of Our Digital Selves*. New York University Press.

COULDRY, Nick & MEJÍAS, Ulises

2019 Data colonialism: Rethinking big data's relation to the contemporary subject. *Television & New Media*, 20(4), 336-349. <https://doi.org/10.1177/1527476418796632>

PARTIDO COMUNISTA DE VIETNAM

2026 *Resolution No. 80-NQ/TW on the development of Vietnamese culture*. <https://bit.ly/4vjMIR4>

DUNAWAY, Roger

2024 Rage Clicks: Study Shows how Political Outrage Fuels Social Media Engagement. *Tulane University News*. 9 de octubre. <https://bit.ly/4o6mYoE>

DURKHEIM, Émile

1951 *Suicide: A Study in Sociology*. Free Press.

ECKER, Ullrich, LEWANDOWSKY, Stephan, COOK, John, SCHMID, Pascal, FAZIO, Lisa, BRASHIER, Nadia, KENDEOU, Panayiota, VRAGA, Emily & AMAZEEN, Michelle

2022 The psychological drivers of misinformation belief and its resistance to correction. *Nature Reviews Psychology*, 1, 13-29. <https://doi.org/10.1038/s44159-021-00006-y>



- ECKER, Ullrich, TAY, Lisa, ROOZENBEEK, Jon, VAN DER LINDEN, Sander, COOK, John, ORESKES, Naomi & LEWANDOWSKY, Stephan
 2024 Why misinformation must not be ignored. *American Psychologist*, 80(6), 867-878. <https://doi.org/10.1037/amp0001448>
- EU (EUROPEAN UNION)
 2016 *Regulation (EU) 2016/679 of the European Parliament and of the Council of 27 April 2016 on the protection of natural persons with regard to the processing of personal data and on the free movement of such data (General Data Protection Regulation)*. Official Journal of the European Union. <https://bit.ly/4vkYj2a>
- FEENBERG, Andrew
 2005 Critical Theory of Technology: An Overview. *Tailoring Biotechnologies*, 1, 47-64. <https://bit.ly/4ue4pAy>
- FINANCIAL TIMES
 2024 *Elon Musk's riskiest bet yet: Donald Trump*. <https://bit.ly/4o1Snso>
- FOUCAULT, Michel
 2008 *The Birth of Biopolitics: Lectures at the Collège de France, 1978-1979*. Palgrave: Macmillan.
- GEARHART, Sherice & ZHANG, Weiwu
 2015 "Was it something I said?" "No, it was something you posted!" A study of spiral of silence in social media contexts. *Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking*, 18(4), 208-213. <https://doi.org/10.1089/cyber.2014.0443>
- GOMBAR, Marija
 2025 Algorithmic manipulation and information science: Media theories and cognitive warfare in strategic communication. *European Journal of Communication and Media Studies*, 4(2), 1-11. <https://doi.org/10.24018/ejmedia.2025.4.2.41>
- HABERMAS, Jürgen
 1984 *The Theory of Communicative Action, Volume One: Reason and the Rationalization of Society*. Boston: Beacon Press.
 1987 *The Theory of Communicative Action, Volume Two: Lifeworld and System: A Critique of Functionalist Reason*. Boston: Beacon Press.
 1989 *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Boston: MIT Press.
 1996 *Between Facts and Norms: Contributions to a Discourse Theory of Law and Democracy*. MIT Press.
- HORKHEIMER, Max & ADORNO, Theodor
 2002 *Dialectic of Enlightenment: Philosophical Fragments*. Stanford University Press.
- ITN BUSINESS
 s. f. *Nobel Prize laureate Maria Ressa on fighting misinformation online*. <https://bit.ly/4x6WJm9>
- KAISER, Jonas, RAUCHFLEISCH, Adrian & BOURASSA, Nikki
 2020 Connecting the (far-)right dots: A topic modeling and hyperlink analysis of (far-)right media coverage during the US elections 2016. *Digital Journalism*, 8(3), 422-441. <https://doi.org/10.1080/21670811.2019.1682629>
- KANT, Immanuel
 2004 *Critique of Pure Reason*. Văn học Publishing House.

- LYON, David
 2006 *Theorizing Surveillance: The Panopticon and Beyond*. Willan Publishing.
- MARCUSE, Herbert
 2013 *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*. Boston: Beacon Press.
- MARX, Karl & ENGELS, Friedrich
 2000 *Collected Works* (vol. 12). Hanói: National Political Publishing House.
 2002 *Collected Works* (vol. 23). Hanói: National Political Publishing House.
- McINTYRE, Lee
 2018 *Post-Truth*. Boston: MIT Press. <https://doi.org/10.7551/mitpress/11483.001.0001>
- MIR, Andray
 2025 The Benefits of Platform Monopoly. *Pro Market*. 6 de abril. <https://bit.ly/3S2i3Jw>
- MITTELSTADT, Brent, ALLO, Patrick, TADDEO, Mariarosaria, WACHTER, Sandra & FLORIDI, Luciano
 2016 The ethics of algorithms: Mapping the debate. *Big Data & Society*, 3(2), 1-21. <https://doi.org/10.1177/2053951716679679>
- MÜLLER, Karsten & SCHWARZ, Carlo
 2020 Fanning the flames of hate: Social media and hate crime. *Journal of the European Economic Association*, 19(4), 2131-2167. <https://doi.org/10.1093/jeaa/jvaa045>
- NAPOLEON CAT
 s. f. *Facebook users in Canada December 2023*. <https://bit.ly/4dLEBa2>
- NEUDERT, Lisa-Maria
 2017 Computational Propaganda in Germany: A Cautionary Tale. En: *Computational Propaganda Research Project*. University of Oxford. <https://bit.ly/4en7Q2Y>
- NYHAN, Brendan
 2020 Facts and myths about misperceptions. *Journal of Economic Perspectives*, 34(3), 220-236. <https://bit.ly/43MzEry>
- O'HARA, Kieron
 2022 *Digital Modernity. Foundations and Trends® in Web Science*, 9(1-2), 1-254. <https://doi.org/10.1561/18000000031>
- PATTERSON, Jessica
 2024 How Meta's news ban reshaped Canadian media. *Digital Content Next*. 12 de septiembre. <https://bit.ly/4uKYnbB>
- PENNYCOOK, Gordon, BEAR, Adam, COLLINS, Evan & RAND, David
 2018 The Implied Truth Effect: Attaching warnings to a subset of fake news stories increases perceived accuracy of stories without warnings. *Management Science*, 66(11), 4944-4957. <https://doi.org/10.1287/mnsc.2019.3478>
- RANJAN, Ashwini & UPADHYAY, Ashwani Kumar
 2024 Exploring the continuity and change in political advertising research: A systematic literature review. *Cogent Social Sciences*, 10(1), 2376853. <https://doi.org/10.1080/23311886.2024.2376853>
- ROUVROY, Antoinette & BERNS, Thomas
 2013 Algorithmic governmentality and prospects of emancipation. *Réseaux*, 177(1), 163-196. <https://doi.org/10.3917/res.177.0163>

SATO, Mia

- 2024 Pro-Harris TikTok felt safe in an algorithmic bubble—until Election Day. *The Verge*, 14 de noviembre. <https://bit.ly/4fkpFAT>

SKAFLE, Ingjerd, NORDAHL-HANSEN, Anders, QUINTANA, Daniel, WYNN, Raymond & GABARRON, Elia

- 2022 Misinformation about COVID-19 vaccines on social media: Rapid review. *Journal of Medical Internet Research*, 24(8), e37367. <https://bit.ly/3Skcwhx>

THE WHITE HATTER

- 2025 *Canada's 2025 federal election: A digital battleground for misinformation & disinformation—A teachable moment for youth*. 14 de abril. <https://bit.ly/4uj8YJZ>

TEEGELBECKERS, Jip, NIEUWELINK, Hessel & OOSTDAM, Ron

- 2023 School-based teaching for democracy: A systematic review of teaching methods in quantitative intervention studies. *Educational Research Review*, 39, 100511. <https://doi.org/10.1016/j.edurev.2023.100511>

UNDP (UNITED NATIONS DEVELOPMENT PROGRAMME)

- 2019 *2019 Human Development Report: Inequality in Human Development in the 21st Century: Not Just About Income, Averages, and Present*. UNDP. <https://bit.ly/4x4tyq>

U. S. DEPARTMENT OF HEALTH AND HUMAN SERVICES

- 2023 *Social Media and Youth Mental Health: The U. S. Surgeon General's Advisory*. <https://bit.ly/43QB11C>

WARDLE, Claire & DERAKHSHAN, Hossein

- 2017 *Information Disorder: Toward an Interdisciplinary Framework for Research and Policy Making*. Council of Europe. <https://bit.ly/4dYZWws>

YEUNG, Karen

- 2018 Algorithmic regulation: A critical interrogation. *Regulation & Governance*, 12(4), 505-523. <https://doi.org/10.1111/rego.12158>

ZOLLO, Fabiana, BESSI, Alessandro, DEL VICARIO, Michela, SCALA, Antonio, CALDARELLI, Guido, SHEKHTMAN, Liron, HAVLIN, Shlomo & QUATTROCIOCCI, Walter

- 2017 Debunking in a world of tribes. *Plos One*, 12(7), e0181821. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0181821>

ZUBOFF, Shoshana

- 2019 *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. Public Affairs.

307



Declaración de autoría-Taxonomía Credit	
Autora	Contribución
Van Hanh Nguyen	Conceptualización, investigación, redacción del borrador original, revisión y edición. Al tratarse de un documento con autoría única, la totalidad de la presente investigación es de exclusiva responsabilidad de la autora.

Declaración sobre el uso de la inteligencia artificial

La autora Van Hanh Nguyen, del artículo titulado: “El declive de la razón bajo el poder algorítmico en la democracia contemporánea” declara que las herramientas de inteligencia artificial (IA) se utilizaron de forma limitada (por debajo del 5 %) durante la preparación del manuscrito. La IA fue utilizada exclusivamente para:

1. Ayudar en la búsqueda y consulta de referencias académicas relacionadas con el tema del artículo.
2. Apoyar la traducción del resumen y las palabras clave al español.

Todos los resultados generados con la ayuda de la IA fueron revisados críticamente, verificados y editados por la autora. La IA no se utilizó para el desarrollo de los argumentos principales, el marco teórico, el análisis ni el contenido académico fundamental del artículo.

308



Fecha de recepción: 3 de julio de 2025

Fecha de revisión: 20 de septiembre de 2025

Fecha de aprobación: 22 de noviembre de 2025

Fecha de publicación: 15 de julio de 2026